

Cambios geopolíticos

Lo que no logró Hizbulá fue derrotar a Israel.

Por: Francisco Beltranena.

Recién ha concluido un mes de enormes incidentes que han conmocionado al mundo en general. La fuerza de la comunicación en tiempo real a través de las cadenas de televisión nos permitió ser testigos, casi en directo, de acontecimientos que golpearon la opinión pública mundial.

Pero si por algo el mes de agosto de 2006 se ha hecho notorio es porque nos ha traído un suceso extraordinario que se dio en el Medio Oriente: el Ejército de Israel enfrentó a un ejército árabe y no lo derrotó como había sucedido en los conflictos anteriores de 1948, 1956, 1967, 1973 y 1982.

Si este resultado se mantuviera, indudablemente representará un terremoto geopolítico en la región, uno que fundamentalmente cambiaría las expectativas y la conducta de todos los actores en la región. Algunos podrían pasar simplemente a ser reconocidos como lobos con piel de oveja, y la opinión pública mundial, más que satisfecha.

Por supuesto, no es el hecho de que las fuerzas de defensa de Israel hayan sido derrotadas por la guerrilla del Hizbulá. Si aplicamos en sentido estricto el resultado militar, no cabe la menor duda de que la peor parte de la batalla se la llevó Hizbulá, pero ha quedado parado al final de la batalla, algo que no había sucedido antes con sus otros enemigos.

La fuerza guerrillera de Hizbulá que ocupaba posiciones en el valle del Bekaa y en parte de Beirut fue duramente golpeada, aunque no se sabe a ciencia cierta en qué extensión y cantidad. Sus fuerzas ubicadas al sur del río Lítani fueron prácticamente acabadas por los ataques aéreos y la artillería de Israel.

No obstante esos resultados, la relación de fuerzas debería haber permitido que las fuerzas de defensa de Israel le dieran

un devastador golpe a Hizbulá, de manera tal que hubiera acabado con la resistencia. Pero no fue así; los guerrilleros, al momento de entrar en vigencia el cese de fuego ordenado por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, todavía ofrecían resistencia, provocaron bajas a las tropas israelíes y continuaban lanzando cohetes hacia Israel, algo sin precedentes en esta larga noria.

En la ecuación regional del Medio Oriente, se daba por sentado que las fuerzas de defensa de Israel eran capaces de imponer unilateralmente soluciones militares a cualquier fuerza árabe que osara enfrentárseles. Israel había demostrado a lo largo de esa historia que podía haber no alcanzado sus metas políticas en varias guerras, pero nunca había fallado en imponer su poder a una fuerza enemiga que le enfrentara.

Como resultado, todas las naciones vecinas entendieron que había fronteras que podrían cruzarse si un país estaba dispuesto a aceptar una respuesta israelí devastadora.

En este conflicto, lo que no logró Hizbulá fue derrotar a Israel, pero sí logró demostrar que la destrucción en detalle no es inevitable. Hizbulá demostró que es posible pelear hasta el punto en el que Israel prefiere un cese de fuego y un arreglo político, a una victoria militar seguida de un acomodo político.

Israel puede no haber perdido ninguna batalla en particular, y un cuidadoso análisis de los resultados podría demostrar que su curso fue razonable. Pero la pérdida del sentido y de la realidad histórica de la inevitable victoria militar es, con mucho, una derrota más profunda para Israel, y que esto pueda despejar el camino para que otros poderes regionales recalculen los riesgos.

La presencia de 15 mil soldados en el territorio libanés ubicados entre el río Lítani y la frontera libanesa-israelí faltan por consolidarse. Las tropas italianas y francesas han

comenzado a hacer su desplazamiento, pero las fuerzas israelíes no han desalojado el territorio ocupado.

El número de tropas de paz no ha llegado a ser ni siquiera la quinta parte de lo ofrecido, y falta por ver si el desarme de Hizbulá entra en vigencia. A pesar de ello, la ecuación geopolítica del Medio Oriente de mantenerse la situación actual, ha cambiado.